

Medio	El Mercurio
Fecha	10-05-2012
Mención	Carta al Director de Sebastián Kaufmann, académico del Departamento de Filosofía de la UAH, sobre ética y cámaras ocultas.

Ética y cámaras ocultas

Señor Director:

Algo huele mal cuando un canal realiza un montaje a fin de "pillar" a personas e instituciones en situaciones de discriminación. Da la sensación de que un bien se lesiona: de pronto, la persona o institución objeto de escrutinio pasa a ser completamente transparente para nosotros, mientras tanto del otro lado de la pantalla "los buenos", los que no discriminamos, permanecemos en una cómoda opacidad. Así, ellos pueden ser vistos, pero no nos ven, como en los interrogatorios policiales de las películas.

Ese acto de "desnudar" al otro es en sí mismo violento. La persona, sin saberlo, está siendo expuesta a luz pública en actos que ella cree que están protegidos por cierta privacidad. Así, sus gestos, sus palabras, se vuelven enteramente públicos, mientras nuestros actos siguen amparados. Podríamos nosotros haber discriminado el mismo día, pero nadie lo sabrá.

Esta práctica, permitida hoy por la tecnología, es en muchos casos injusta. En primer lugar, expone a las personas sin que ellas sepan que están siendo expuestas. En segundo lugar, desnuda a algunos, mientras quedan otros en una cómoda opacidad. Finalmente, deja a las personas e instituciones al juicio de la opinión pública sin posibilidad de defenderse, pues la cobertura y el impacto de las imágenes hacen palidecer cualquier intento de justificación y contextualización. El "jurado", es decir, los televidentes, ya se han formado un juicio.

¿Significa que estos instrumentos nunca pueden ser utilizados? Al ser acciones que por su naturaleza afectan derechos de las personas, como el derecho a la honra, me parece que su uso debe ser excepcional, empleado sólo cuando se trata de denun-

ciar abusos graves, como delitos. De lo contrario, es sólo un cruel festín posibilitado por los medios tecnológicos del "gran hermano" que repentinamente elige su presa, la amplifica con su lupa y la deja expuesta para que desde la comodidad de nuestros televisores podamos escandalizarlos y sentirnos buenos, protegidos por la privacidad de que ha sido despojada nuestra víctima y, quizás, experimentar el morbo de ver al prójimo caer.

SEBASTIÁN KAUFMANN SALINAS

Académico del Departamento de Filosofía
Universidad Alberto Hurtado

